

## Los libros en Puebla

La gran meseta poblano-tlaxcalteca fue asiento de numerosos y variados pueblos que desarrollaron importantes culturas. Concibieron cosmologías ricas en significados, usaron sabjamente los recursos naturales que sus variados suelos les ofrecían, y se organizaron política y socialmente. Supieron expresar sentimientos, ideas, el paso del tiempo y, a la larga, descubrieron medios más complejos de comunicación. Las comunidades asentadas en Tlaxcala, Cholula, Tehuacán y en otros sitios de la dilatada Mixteca reflejaron en sus monumentos el conocimiento adquirido, y en diversos materiales dejaron huella de su saber, de su pensamiento. Movimientos telúricos, pero más que todo la acción humana, destruyeron vestigios de esas muestras de civilización. En nuestros días, sabios del país y de otras naciones ahondan en el conocimiento de los elementos que han quedado, y nos muestran cómo en libros específicos —los códices—, se transmitía la historia de las generaciones y la concepción del universo.

Hace cuatro siglos o más, los descubrimientos trajeron a nuestras tierras a hombres de hierro y a hombres de sayal, y de toga. El Renacimiento les había dado libros impresos que hablaban un idioma distinto del de los códices, pero que escuchaban quienes sabían hacerlos hablar, quienes habían apren-



dido el sentido de los signos. Con los hombres de fuego —algunos de los cuales sabían leer—, con los frailes y los funcionarios arriban los libros. Libros de oraciones, de leyes y de aventuras, tan extraordinarias como de las que ellos eran protagonistas, son los primeros que llegan a nuestros dilatados valles.

Las casas que una a una establecen los religiosos en Huejotzingo, Cholula, Tlaxcala y Tepeaca empiezan a contar con exiguas bibliotecas que más tarde se acrecentarían. El obispo que llega a Tlaxcala es hombre instruido, que ha leído y estudiado en antiguos tratados teológicos y jurídicos, y que si ha traído algunos libros, éstos son pocos, como le diría a su hermano, el obispo de México. De esta suerte, al asentarse los españoles en diferentes sitios, al organizarse la administración civil y la eclesiástica, al crecer el número de los monasterios, los libros aumentan, y aun sirven de modelos para la decoración de sus edificios, como en Huejotzingo, Tecamachalco y Tecali.

Luego de la fundación de Puebla, impulsada por religiosos de no escasas luces y por letrados, en la ciudad que creció con presura bien ordenada, frailes de hábitos distintos establecen colegios y conventos. Los de hábito blanco y negra capa crean el Colegio de San Luis, que acoge a generaciones abundantes de criollos y mestizos, que en grandes folios leerán la *Summa* de Santo Tomás, las *Exégesis* de Cayetano, el *Digesto* y las *Pandectas*.

La ciudad que crece, se enriquece y congrega una sociedad bien abastecida, ilustrada, con funcionarios como el dean de la Plaza, que lee a Petrarca y ornamenta su casa con representaciones de las sibilas, es una urbe que atrae poetas como Gutierre de Cetina, y preceptores y pintores como Luis Lagarto. Es ciudad refinada pero sibarita, en la que se fabrican objetos de vidrio y vajillas de cerámica que se afina con el tiempo. Puebla es una urbe que produ-

ce la mejor flor de harina, las telas de lana y algodón que abastecen amplias regiones. Junto a esos abundosos recursos, va produciendo frailes y clérigos hábiles en las discusiones escolásticas y soldados aptos para escribir poemas, como Gaspar de Villagrà.

Los franciscanos, que ocupan la parte baja junto al río, erigen notable monasterio, y en él se empieza a formar una de las principales bibliotecas de la ciudad: la de Santa Bárbara. Los dominicos, más en el centro de la ciudad que se desborda, nutren enormes salas, ornadas con frescos renacientes, con centenares de libros que forman a multitud de novicios que luego se esparcirán por la Mixteca y llegarán a Oaxaca, en donde erigen el mejor convento de la orden en toda Nueva España.

Médicos como don Pedro de la Torre, marido de la inquietante Leonor de Osma, experto en medicina y astrología judiciaria, consultarán tratados de sus preocupaciones; el relojero que diseña un primer marcador del tiempo en la ciudad que crece y que necesita medir el tiempo que corre, también requerirá manuales de arquitectura, de geometría, de matemáticas, al igual de los maestros que reparten el agua e instalan los molinos y batanes a la vera del río de San Francisco. Por todos lados se requieren los trazos, los números, las letras, y todos estos signos necesarísimos penetran en hojas blancas con dibujos negros, en cientos de libros que van a sustituir a los antiguos códices con abrumadora ventaja.

Cuando la creciente población está asentada y sus instituciones laboran ordenadamente, la escritura y la lectura proliferan en la vida municipal y en el cabildeo catedral. Centros de enseñanza y de asistencia social como hospitales, orfanatos, recogimientos y conventos de monjas, manejarán libros abundantes, manuscritos e impresos.

Casi al finalizar el siglo los padres negros, los de los bonetes arriscados, los teatinos o jesuitas llegarán a Puebla para establecer potentes centros de en-

**Los franciscanos, que ocupan la parte baja junto al río, erigen notable monasterio, y en él se empieza a formar una de las principales bibliotecas de la ciudad: la de Santa Bárbara.**

**Don Juan de Palafox, al donar a los colegios que creó para la formación del clero secular su breve mas selecta biblioteca, coloca las bases de un acrecentamiento posterior.**

señanza. Los soberbios colegios que la Compañía de Jesús abre en Puebla y que acogen una comunidad selecta de criollos y mestizos que ansía estudiar, superarse a través del saber y también de las virtudes, significan enorme apertura al mundo de los libros. Colegios y seminarios jesuíticos llevan aparejada la existencia de ricas y selectas bibliotecas. El carácter universalista de la Compañía, su firme organización académica a través del *trivium* y del *cuadrivium*, su pertenencia a un sistema multinacional, obligan a poseer libros de toda clase y de todo saber. La Compañía equilibra sabiamente el cultivo de las humanidades, pero también el científico. Los cursos de gramática y de filosofía, y luego de teología, obligan a contar con obras de los exponentes de la cultura clásica: Aristóteles, Horacio, Virgilio, Séneca, Ovidio, Tito Livio, y también Santo Tomás, San Buenaventura, Escoto, Suárez, Eckhart, San Agustín, San Jerónimo, junto con una amplia literatura religiosa de padres y doctores de la Iglesia. Traerán poco a poco a Copérnico, Leibnitz, Espinosa, Newton, Tycho Brahe, Descartes, Meierling, Kircher, mil y mil autores que llenan los plúteos del Colegio del Espíritu Santo, de San Jerónimo, de San Javier.

Sabios y abiertos prelados como León Romano y los primeros mitrados después de Garcés, vivirán preocupados por la formación de su clero. Extraordinario hombre de Iglesia, habilísimo político y varón de luces, aporta importante acervo que más tarde, con otro prelado de diferente signo e inquietudes se acrecentará. Don Juan de Palafox, al donar a los colegios que creó para la formación del clero secular su breve mas selecta biblioteca, coloca las bases de un acrecentamiento posterior. Pero Palafox, al ceder sus libros impresos piensa también en dejar algo más positivo: la posibilidad de imprimir libros en Puebla y así aumentar vigorosamente la cultura de su obispado. La instalación y funcionamiento de las imprentas poblanas hacia 1640-42, representó el hecho más

vigoroso para dotar a la sociedad de su vasto obispado del medio más eficaz de desarrollo cultural.

De esa imprenta saldría su obra política reveladora de su condición de politólogo, digamos mejor de pensador político y hombre de Estado. *La Historia real sagrada*, que en otra ocasión hemos estudiado, representa junto con su *Tratado sobre las virtudes del indio*, los documentos y monumentos más importantes del pensamiento político novohispano.

Palafox impulsó acertada y conjuntamente la labor civilizadora con sus colegios y con la fundación de la imprenta, y la labor espiritual y acendramiento religioso con la terminación y consagración de su espléndida catedral, la joya religiosa más armónica de toda Nueva España.

La conjunción de importantes instituciones culturales impulsadas por los dominicos, franciscanos y jesuitas y el clero secular convertiría a la ciudad de Puebla de los Ángeles en el más destacado centro educativo de México. A Puebla acudirían amplias generaciones surgidas en Oaxaca, Yucatán, Veracruz y aun desde la Capitanía General de Guatemala a instruirse, a formarse en ciencias humanas y divinas, logrando crear así un amplio horizonte cultural hermanado en el saber. Si se negó a Puebla, por su cercanía con México, la posibilidad de crear una universidad, los variados colegios angelopolitanos suplirían esa carencia. La abundancia de convictorios y escuelas de alto nivel correspondía al prestigio que la ciudad había alcanzado, rivalizando con México. El crecimiento material de la ciudad iba de la mano con su prestigio intelectual, con su valimiento académico.

Los ingenios poblanos acudían para doctorarse a la Real y Pontificia Universidad, y una vez obtenido el grado pasaban a servir tanto en el gobierno de la ciudad como en el virreinal. Ocupaban los mejores curatos, se colocaban en cabildos de obispos sufragáneos y aun eran promovidos para ocupar mi-



tras en Filipinas, Centro América y el septentrión novohispano.

En el siglo XVIII, bajo el influjo de la Ilustración que renovó los estudios eclesiásticos, se efectuó un adelantamiento en la cultura poblana. Las reformas que Carlos III impulsó en la carrera eclesiástica se extendieron en Puebla con la llegada de prelados ilustrados, entre los que sobresale Francisco Fabián y Fuero. Con él se realizan recias reformas en los estudios. Se profundiza en el estudio de la teología positiva, renovando la escolástica; se impulsa la enseñanza de la historia eclesiástica y de los concilios y las humanidades. Un grupo de familiares que trae Fabián y Fuero, encabezados por José Pérez Calama, instituyen una Academia de Letras en la que se enseña el griego, el latín a profundidad y el estudio de los clásicos. El clero secular, cuyo cultivo se acentuaba, va a superar a los regulares en preparación y estudios. La secularización de las parroquias ayuda en ese campo, que trae aparejado por otra parte el ascenso del regalismo que apoya más ampliamente los designios del Estado, el cual trata de controlar la acción de la Iglesia.

Si con la acción de mitrados de gran espiritualidad y acendrado fervor religioso, como es el caso de don Manuel Fernández de Santa Cruz, se da un acrecentamiento de la religiosidad de la sociedad entera, la labor de ilustrados regalistas provoca un nuevo y marcado interés por la cultura. Si éste trata que las religiosas —Sor Juana incluida— aumenten sus virtudes y abandonen las actividades profanas, los obispos ilustrados como Fabián y Fuero impulsarán el cultivo de los autores clásicos. De estos esfuerzos de Fabián y Fuero surgirá la construcción de un nuevo local, majestuoso y sobresaliente, para colocar los libros que dejara Palafox, los cuales se incrementarán un doscientos por ciento de su caudal primero. La biblioteca que hace construir el prelado con primoroso y exuberante gusto va a hacer de ese recinto el

más importante y bello de la ciudad. Ya Palafox había dispuesto que estuviera abierta a todo el pueblo, a todo aquel que quisiera acercarse a los libros para obtener conocimiento. Esta disposición de enorme trascendencia social se ampliaría con Fabián y Fuero, quien autorizó amplia compra de libros, lo que vino a formar un rico panorama civilizador. Mientras las bibliotecas de los monasterios dominicos y franciscanos se abrían con trabajos a los estudiosos, las de los jesuitas eran más accesibles. La biblioteca de Palafox, que con justicia debería llamarse Palafoxiana y de Fabián y Fuero, daba oportunidad a la sociedad poblana entera para cultivarse.

El apoyo dado a los estudios eclesiásticos, que podían contar con acervos magníficos integrados por libros impresos en las mejores imprentas europeas, de Venecia, Lyon, Salamanca, Amberes, París y Roma, producirá a los pocos años grupos de clérigos sabios, de sacerdotes que estudiaban teología, derecho, filosofía, física, medicina.

Los cabildos se enriquecen con personajes ilustrados. Las parroquias del arzobispado se transforman al contar con curas virtuosos y de buena formación. En la catedral poblana ingresan en calidad de canónigos personajes como Andrés de Arze y Miranda. Hombre de cultura excepcional, amigo y consejero de Eguiara y Eguren, es además de excelente conductor del pueblo al que trata desesperadamente de alejar de la embriaguez y la ociosidad, también un excelente conocedor de quiénes son los representantes más efectivos de la cultura poblana. Bibliófilo, logra formar selecta biblioteca, la cual lega a sus amigos los franciscanos. Figuran también los padres Cordero y el incansable dominico Juan de Villasánchez, quien entra como pocos en el análisis de la sociedad e historia poblanas, gran manejador de libros y hombre que está al pulso de los tiempos recibiendo los beneficios de la cultura universal. Junto

**Mientras las bibliotecas de los monasterios dominicos y franciscanos se abrían con trabajos a los estudiosos, las de los jesuitas eran más accesibles.**



con ellos hay una pléyade brillante que da un relieve excepcional a la cultura poblana de fines del siglo xviii.

De esos esfuerzos surge un fruto de calidad, un hombre interesante como humano, con vicios y virtudes sobresalientes y que será un digno amigo de los libros. Don José Mariano Beristáin es fruto de la Academia de Bellas Letras y Humanidades de Pérez Calama. Se distingue por su inteligencia deslumbrante, por su ingenio y habilidad política que le permite pegarse al obispo Fuero, quien lo lleva consigo a Valencia para que prosiga sus estudios.

A la vuelta, se convertirá en el continuador de la labor bibliográfica de Eguiara y Eguren, sin menos rigor, hondura y conocimiento. Sin embargo su *Biblioteca Hispanoamericana Septentrional*, llena de errores, omisiones e inexactitudes, será la primera bibliografía escrita en español que traza un panorama general de la cultura nacional. Al otro lado, fruto también de la renovación de los estudios, tendremos la inquietante figura de don Miguel Guridi y Alcocer, abogado litigante, avezado político, pues llega a ser diputado a Cortes y además ferviente guadalupano.

En este ambiente y a lo largo del tiempo, dos eclesiásticos ilustrados que sufren la confusión que el movimiento insurgente despierta, el obispo Campillo y el obispo Vázquez, forman sus buenas librerías, en las que es dable encontrar lecturas de Bossuet, así como escritos de Campomanes y Jovellanos, a Fleury y a Condillac. Se advierte que los autores se han multiplicado y que los intereses de los prelados eran muy variados.

La Independencia hará aparecer a editores liberales como Troncoso, aunque inciertos en la forma de gobierno a adoptar. *La Abeja poblana* muestra una faceta de la política que se sigue. Los grupos liberales reformistas que enarbolan idearios distintos, propician el cierre de las instituciones clericales, la desamortización de sus bienes y la instauración de estudios diferentes. Salvador Cruz ha estudiado muy

bien el cambio que se da a la enseñanza y el término de los estudios que requerirían de disciplinas como la patristica, la escolástica y de obras espirituales.

Desde la expulsión de los jesuitas en 1767, los estudios habían perdido su rigor, su reciedumbre. Había cesado el estudio de la gramática latina, la retórica y de la filosofía. La Reforma inspirada por Gómez Farías y Mora dio al traste con el aprendizaje de las humanidades; se impulsó el del derecho positivo, de la legislación, de la economía y las ciencias sociales. Si bien el derecho público se enriqueció con la teoría política, disminuyó el romanismo que se apoyaba en la *Instituta justiniana*. El cambio que se dio desde 1767 hasta 1830 fue muy significativo, pues llevaría a abandonar el cultivo de las lenguas clásicas y, por tanto, condena al olvido la inmensa literatura grecolatina contenida en millares de libros.

El abandono de las humanidades empobreció el conocimiento, disminuyó la enorme y riquísima base cultural del país, y ese empobrecimiento, si bien abrió otras puertas a amplios grupos del pueblo, significó un retardo. La pereza, el desprecio de esa rica y extraordinaria disciplina por razones de ignorancia hizo que los notables repositorios bibliográficos de conventos, colegios, catedrales e institutos se comenzaran a abandonar. Los decretos desamortizados hicieron el resto, pues sacaron de sus antiguos locales para venderlos como papel viejo, millares de libros que se perdieron para siempre. En ocasiones se dispuso fueran almacenados en bodegas indecentes, en locales nada apropiados, en donde fueron mutilados y salvajemente destruidos. Algunas instituciones como el Colegio del Estado recibieron montones inmensos de libros y documentos que se guardaron descuidadamente. Ahí se llevaron centenares de ejemplares religiosos, libros impresos como se decía en español antiguo, forrados en pergamino, lo cual mostraba su inutilidad y antigüedad. Cerca de un siglo han permanecido miles y miles de libros

**El cambio que se dio desde 1767 hasta 1830 fue muy significativo, pues llevaría a abandonar el cultivo de las lenguas clásicas y, por tanto, condena al olvido la inmensa literatura grecolatina contenida en millares de libros.**

abandonados, descuidados, perdiéndose para el futuro. Afortunadamente hombres generosos e ilustrados se han preocupado de los restos de esa enorme herencia que no hemos sabido guardar. La principesca biblioteca de Palafox se encuentra convertida en museo. Sólo hasta hace poco se ha iniciado una labor de inventario, clasificatoria. Esa labor requiere de personal especializado, recursos y gran amor a los libros. El fondo que custodia la Universidad, la inmensa biblioteca Lafragua, con su fondo antiguo riquísimo, y el que donó nuestro insigne don José María apenas se ha empezado a organizar. Aquí fueron a parar restos de los libros que tenían franciscanos, dominicos y jesuitas, y muchos colegios e institutos. Urge salvar esos fondos, catalogarlos, clasificarlos y restaurar un buen número que se encuentra en mal estado.

La nueva organización de los estudios ha obligado a la creación de fondos especializados, abundantes, modernos y eficaces, sujetos a un control central muy necesario. Hoy universidades y colegios cuentan con acervos bien parcelados y realizan una labor indispensable para la educación. Nuevos tiempos han requerido soluciones nuevas.

Para concluir tenemos que decir que el acervo bibliográfico de Puebla es tal vez el segundo en número en la República. Debe por lo tanto prestársele más atención, y realizar, apoyados por la tecnología moderna, una obra de salvamento. Como está organizado, o mejor dicho concentrado, no se puede hacer una valuación segura, confiable. Estoy seguro que observando los acervos del estado, de todas sus instituciones educativas, podremos formular un mejor programa general para que sirva para incrementar el nivel educativo y cultural de Puebla. Esto debe hacerse fuera de consideraciones políticas, con rigor y metódicamente, pues las bibliotecas han sido y seguirán siendo los soportes fundamentales de la cultura y la educación.